

Fuente: Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)



Memorial al profesor Manuel Ráez Retamozo (1957 - 2021)

El 25 de enero de 1957, en Huancayo, inicia la gran historia de Manuel Pablo Ráez Retamozo, el segundo de ocho hijos de la familia de Manuel Renato Ráez y Rosa María Cristina Retamozo. Sus padres eligieron el nombre “Manuel” por tradición familiar paterna –como nos comenta su hermano Tomás, “siguió la tradición de los *manuales* de la familia Ráez”– y se llamó “Pablo” por haber nacido durante la festividad de la conversión de San Pablo. Desde pequeño, el carácter juguetón, bromista y alegre de Manuel se hacía presente en cada anécdota e historia. Una vez, estaba tan emocionado por el nacimiento de su hermana Trinidad (la tercera), que desde la cómoda de su madre gritó “¡Soy batman!” y saltó al vacío, abriéndose, así, una ceja. Luego de curarlo, sus padres se sorprendieron por su temple y vivacidad, porque reaccionó como si nada hubiera pasado y siguió alegre, jugando. Luego del accidente, la familia se mudó a Lima, al distrito de Chorrillos, por el trabajo del papá. Una de las actividades favoritas de Manuel en su nuevo hogar era ir a nadar al mar y lo hacía muy bien; tanto así, que le pusieron el apodo de *manotas*, por inspiración de una caricatura de la época, un pulpo. Con sus hermanos, disfrutaron mucho de las playas chorrillanas e, inclusive, llegaban a pescar al muelle cada que podían. Al pasar los años, se mudaron a Surquillo y, luego, a Miraflores (a una residencial en la Av. Santa Cruz).

Manuel y su hermano Tomás, posteriormente, empezaron a asistir a la parroquia de Belén como acólitos, e iban bastante a misa con su familia. En ese momento, el padre Félix

(sacerdote de la parroquia) les propuso ir a continuar su educación secundaria al seminario salesiano en Magdalena del Mar para, un día, ser sacerdotes. Ellos, Manuel en sexto de primaria y Tomás en primero de secundaria, consideraron que sería una gran aventura hacerlo juntos, así que dijeron que sí. Así, pues, pasaron cinco años en los que Manuel estudió en el seminario, destacando por su gran memoria y amplio manejo del latín, así como por su inclinación grande hacia actividades artísticas, como el teatro, por ejemplo, en la que participó apasionadamente. Disfrutaba, también, de la declamación y la poesía, así como la pintura. Sacaba muy buenos dibujos a carboncillo, retratos y bocetos de flores. Tomás nos cuenta que, incluso, ya de adulto, pintaba las losetas del baño del hogar de sus padres con acuarelas –lo que nos hace pensar en cómo siguió cultivando esta faceta suya al pasar los años. Ya en su adolescencia y juventud, Manuel hizo muchos amigos en el barrio, amigos con los que compartiría aventuras inolvidables. Usualmente, cada historia y anécdota de sus amigos del barrio involucra un viaje o una conversación profunda sobre diversos temas de la vida y la humanidad, si no es algún otro episodio hilarante de picardía y atrevimiento por parte de él.

Durante su juventud y ya hacia la adultez, Manuel tenía diversas actividades o negocios que lo ayudaban a solventar sus gastos y poder sostenerse. Era, efectivamente, emprendedor y negociante desde chico. Su primer negocio, nos cuenta Jorge, un gran amigo del barrio de Manuel, fue vender cuetecillos en la puerta del mercado cuando era jovencito.

Ya más adelante, durante la época del gobierno militar y antes de ingresar a la universidad, compró un quiosco de Lince y lo trajo hasta su barrio –ya había sacado sus permisos y tenía todo preparado. Ahí, vendía de todo: revistas, periódicos, caramelos, galletas (e, incluso, cigarrillos). La manutención de su negocio brindó las condiciones necesarias para fortalecer más aún su lado sociable y lo ayudó a formar vínculos de amistad bastante duraderos con diversas personas que, hasta sus últimos días, estuvieron con él. Cosechando los frutos de su emprendimiento, pudo diversificar sus actividades y conseguir lo necesario para comprarse su primer carro, su primer departamento, apoyar a su familia y seguir sosteniéndose económicamente (de hecho, nunca dejó de innovar y emprender con diversas actividades de negocios). Otra actividad que le encantaba, de hecho, eran las apuestas. Jorge nos cuenta que Manuel participaba de “históricas partidas

de cartas”, disfrutaba mucho de la adrenalina y tenía, incluso, un grupo de amigos especial con el que se juntaban siempre para jugar.

Heredó este afán por los viajes –tan característico de él– de su padre, quien siempre llevaba a su familia de excursión, y lo continuó cultivando con sus amigos de diversos lugares de la vida. Con cada oportunidad presentada, en cada feriado, y a punta de propinas o ahorros, se organizaba con un grupo particular de compañeros de viaje, de intereses y mentalidades diferentes, pero unidos por la causa aventurera, y emprendían viajes por el Perú. Conoció, de joven, distintos lugares de la sierra y la selva del país, y así fue nutriéndose más y más su vocación por la Antropología. Esta convicción por buscar las respuestas a sus varias preguntas sobre la vida y el ser profundizaron, aún más, su carácter humanista, analítico y abierto al diálogo. Jorge nos cuenta que él siempre fue un

Figura 1

Manuel disfrutando uno de sus viajes en un río.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

referente en el vecindario; de hecho, no solo para sus coetáneos, sino también para “promociones menores a él” por su gran apertura y su noble carácter. Nos comenta que “a pesar de tener ideas claras, siempre respetaba las diferencias y disfrutaba mucho del diálogo”. Su pasión por las fiestas, de hecho, también se manifestaba desde la juventud y era constante verlo asistiendo a alguna con sus amigos. Su carácter temerario, por su parte, también era claro; Manuel llegó a tener una motocicleta, su compañera de aventuras, durante gran parte de esta etapa de su vida. Sin embargo, un día tuvo un grave accidente que puso en peligro su vida y le dejó una cicatriz que le haría recordar, siempre, lo que sobrevivió.

La trayectoria académica del profesor Manuel Ráez inicia con su ingreso a la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) en 1976 a la especialidad de Derecho. El traslado a Antropología,

según lo que comentó Manuel a sus alumnos y alumnas en múltiples ocasiones, ocurrió tras un accidente inesperado que lo hizo darse cuenta de la fugacidad de la vida y, en este sentido, de las pocas oportunidades que tenemos en ella para encaminar los sueños y aspiraciones. En la Facultad de Ciencias Sociales, aún como estudiante, empieza a trabajar en el Proyecto de Preservación de la Música Tradicional Andina, el origen del Centro de Etnomusicología Andina (CEA), actualmente Instituto de Etnomusicología (IDE). Manuel trabajaría esporádicamente en el proyecto y luego en el CEA, entre 1988 y el 2002, recorriendo diversas regiones del Perú y Ecuador, andinas y amazónicas, recopilando y registrando fiestas y música, en sonido, fotografía y video.

Manuel era huancaíno. Inició su trabajo como etnomusicólogo en el valle del Mantaro con el que mantuvo una estrecha

Figura 2

De izquierda a derecha: Ana María Bartorini, Charo Bartorini, Claudia Rohrhirsch y Mapi Fortunici (sentadas). Gisela Cânepa en cuclillas y Manuel Ráez sentado (1998, PUCP).



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

Figura 3

Portada de tesis de licenciatura de Manuel Ráez.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

relación. Quizás por ello escogió Acolla, en el valle de Yanamarca para desarrollar su investigación para su tesis de licenciatura sustentada en el 2001 (*La Semana Santa en Acolla: instituciones celebrantes e identidad social*) y luego la de maestría en el 2013 (*Imaginario Global y Creatividad Local: los desfiles dramatizados en el Valle de Yanamarca*). Ambas desarrollaron diferentes aspectos de las representaciones dramatizadas presentadas en el contexto de la Semana Santa, sobre las que realizó grabaciones, entrevistas y registros visuales a lo largo de década y media. Para su doctorado, estaba investigando sobre los impactos del turismo en la zona de Canta, sierra de Lima.

El registro de las fiestas y celebraciones era tanto su trabajo como su pasión.

Como parte de su trabajo en el CEA y posteriormente en el IDE, pero también por iniciativa personal, Manuel Ráez recopiló decenas de fiestas y celebraciones en distintas partes del Perú, contribuyendo no sólo con la Universidad sino también en proyectos del extranjero, además de constituir una importante colección personal. Además de numerosas cintas de música y videos, publicó tres libros por el Fondo Editorial de la PUCP: *En los dominios del cóndor. Fiestas y música tradicional del valle del Colca* (2002), *Melodías de los Valles Sagrados. Fiestas y danzas tradicionales del Cusco* (2004) y *Dioses de la Quebradas. Fiestas y Rituales en la Sierra Alta de Lima* (2005). También ha escrito una serie de artículos en torno a sus temas de interés y ha sido co-autor del libro *Fiesta en los Andes. Ritos, Música y Danzas del Perú* (2008) junto a sus colegas y amigos, Gisela Cánepa, Raul Romero y Juan Ossio.

Manuel Ráez inició su carrera docente en la PUCP en el 2001, dictando ininterrumpidamente desde entonces. En antropología dictó hasta el 2017 el curso de Etnografía Andina, conduciendo también en varias oportunidades Prácticas de Campo 1 y 2, y Folklore y Arte Popular. Años después también ejercería la docencia en otras facultades y espacios de la universidad: en Estudios Generales Letras y Ciencias, en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, en Escuela de Posgrado y en la Facultad de Artes Escénicas. Esta trayectoria lo llevaría a aulas fuera de su alma máter, como la Universidad ESAN (2015-2018) donde dictó el curso de Sociología y la Escuela Militar de Chorrillos donde fue docente

de Historia del Perú y Antropología (2015, 2017 y 2019).

Además de estas labores, Manuel ha trabajado en el sector público. En el 2010, tras la creación del Ministerio de Cultura, fue Director de Patrimonio Nacional Inmaterial. Luego, en el gobierno regional de Junín, se encargó de programas de turismo para una de las gerencias especializadas (DIRCETUR). Por último, fue Director del Museo Nacional de Música Peruana. Por otro lado, en el ámbito privado, ha colaborado para diversas ONGs tales

como UNICEF, Care Perú y FOVIDA, entre otras.

En resumen, Manuel posee una trayectoria académica muy amplia. La docencia, la consultoría, el trabajo en el Estado y la investigación fueron los cuatro pilares laborales en su vida. En el campo de estudio etnomusicológico, sin duda fue uno de los principales académicos de las tradiciones andinas. Sus colegas, amigos y demás compañeros de trabajo lo recordarán siempre no solo por sus cualidades laborales, sino por su siempre presente carisma y vitalidad.

Figura 4

Manuel acompañado de dos integrantes del Club de madres “Corazón de Jesús”.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

Recordando a Manuel

por Alejandro Diez Hurtado

Conocí a Manuel desde nuestros años de estudiantes, compartiendo aulas, jardines, bares, fiestas y salidas de campo, hace varias decenas de años. Era difícil no hacerse su amigo, su carácter y buen humor eran contagiosos. Los años de Facultad crean lazos que construyen nuestros referentes vitales; y Manuel era uno de los principales referentes de nuestra generación. Le gustaba mucho viajar. De hecho, empecé a conocerlo mejor en un viaje para grabar música de la fiesta del agua en San Pedro de Casta. Aprovechaba cualquier oportunidad para viajar.

Hacía bromas todo el tiempo, y en cualquier circunstancia. Con conocidos y con desconocidos. Tenía gran habilidad para encontrarle un lado y giro divertido a las cosas. Y era más bromista e insistente con la gente que parecía más

seria. Y era de esas personas que sabía bromear seriamente, en varios registros, con las palabras, con los gestos; digamos que performaba la broma para hacerla un instrumento de comunicación. Miraba la vida con optimismo, incluso cuando las cosas no estuvieran como para ello.

Le gustaba conversar, aunque quizás más discutir. Tenía sus propias convicciones sobre varios temas, en política –le encantaba la política-, trabajo, gustos musicales, proyectos de vida. Era muy terco. No sé si alguna vez logramos que cambiara de opinión sobre algún punto álgido de discusión.

Tenía un sentido de la economía que de alguna manera le envidiábamos, veía oportunidades económicas en ámbitos insospechados como en la compra de un periódico o en el manejo de los viáticos

Figura 5

Manuel Ráez, Alejandro Diez y más compañeros en un almuerzo en la PUCP.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

de algún trabajo de campo. Recuerdo que insistía en que, en los negocios, si no se está ganando, se está perdiendo. Pero más allá de su habilidad como negociante, su pasión eran las fiestas, las representaciones, los rituales, las máscaras. Además de todo el material que recopiló como parte de su trabajo en etnomusicología, fue acumulando una impresionante colección de videos, música e imágenes de fiestas y rituales en muchas partes del país; era probablemente uno de los antropólogos más conocedores del tema. Fue un privilegio ser su asesor para su tesis

de maestría, y un espectáculo asistir a su sustentación. Era un apasionado de la antropología, de la vivencia antropológica, disfrutaba el trabajo de campo sin perder el rigor. En general, era un gran trabajador, dedicado y preocupado por terminar lo emprendido.

Lo bueno de las amistades que duran mucho tiempo es que nos permiten conocernos en muchas facetas. Conocí a Manuel como compañero de estudios, como colega, como profesor, como asesor, hasta como jefe, pero, sobre todo, como amigo. Y era un gran amigo.

Sobre Manuel Ráez

por Alexandra Reyes Prada

Manuel es de esos profesores que estoy muy agradecida se haya cruzado en mi camino. En este texto no quiero hablar de Manuel solo en pasado porque creo que cada persona que llegó a conocerlo lleva una parte de él consigo: una enseñanza, un consejo, una broma, un recuerdo, una risa. En fin, en mis recuerdos, Manuel siempre está hablando y riendo. En nuestro primer y último campo, estaba muy atento a todos nosotros. Si había que hacer una impresión, comprar un papelógrafo, reordenar nuestras entrevista o si queríamos comer unas cachangas en la noche, ahí estaba él. Usualmente, vestía un polo naranja, jeans y un gorro estilo safari bastante ‘antropológico’. Bromeaba que usaba su pancita como mesa cuando anotaba en su cuaderno de campo. A veces siento que buena parte de ese campo, no lo aprendí

Figura 6

Manuel en Canta, durante una práctica de campo con sus estudiantes.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

solo haciendo mi propio trabajo, sino viéndolo a él, en su manera de hablar y conectar con las personas, con una cámara y grabadora en mano.

Meses después del viaje de campo, regresamos para la devolución a Canta; él nos llevó a unos compañeros y a mí en su camioneta. En ese viaje lo conocimos mucho más, conocimos sobre su vida como estudiante, sus viajes en moto, sus anécdotas con queridos amigos quedándose varados en medio de la noche, historias de la especialidad, cuánto quería a su mamá y a sus hijos. Todo esto lo conversamos moviéndonos

entre comunidades, tomando un caldo de gallina en la noche y en las infaltables fiestas. Entre mate y mate, cada vez estaba más segura no solo del gran profesor y antropólogo que era, sino de su grandeza como persona; siempre abierto a escucharte.

De regreso a Lima, escuchamos canciones de salsa y cumbia que portaba en su USB y planeamos futuros trabajos de campo que ahora tendremos que hacer por nuestra cuenta. Siento que cualquier descripción me queda corta para hablar de Manuel; sin embargo, para quienes no lo conocieron, solo les diría que pensar en él siempre te hace sonreír.

Homenaje al Tío (Manuel Ráez)

por Giuliana Borea Labarthe

Me bautizaron como la Tía Dorito. Omar Ráez era el sobrino real de Manuel, yo me volví la tía. Nuestros viajes de campo al Ecuador como parte del Centro de Etnomusicología Andina fueron un aprendizaje continuo, una relación de amistad infinita y un aporte al archivo de música y danzas andinas: y es Manuel quien lideraba este –y otros muchos– trabajos de campo del CEA. Pero en su manera de liderar, los egos se desvanecían y emergía un verdadero trabajo en grupo, algo que no es fácil lograr. Priorizamos las zonas de Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, y también fuimos a Imbabura.

La preparación del trabajo de campo, los equipos, las cintas, cargadores, los

mapas de carretera, el hotel, el carro, pasajes, viáticos: todo pasaba por su minucioso *checklist*. Cómo quedábamos impresionados por el sistema de carreteras del Ecuador. En el camino de un pueblo al otro las anécdotas entre risas eran interminables (¡en las que siempre estaban presentes Raúl Romero y Gisela Cánepa, las historias de su tienda, y sus ideas del amor, el matrimonio y la política!). En el camino parábamos por esos deliciosos churrascos –eso sí, Manuel tenía un excelente paladar y comía de todo– y comentábamos las grabaciones hechas.

Grabamos las fiestas y rituales tradicionales de las comunidades, en un momento donde la palabra ‘tradicional’ se resignificaba fuertemente: un carro

Figura 7

Giuliana Borea y Manuel Ráez en Cusco.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV.

alegórico aparece con una comparsa de bailarinas con música de Shakira en la comunidad de Tixán en Chimborazo –nos mirábamos, “¿qué hacemos?”, era el 2000– hibridación y globalización estaban en el vocabulario: la comparsa de Shakira fue un gran caso de lo que hoy es ya común. Recuerdo la voz de Manuel: “¡graba, no más!, reflexionamos mucho después”. Con Manuel también fuimos a la Selva en el 2001. Recogiendo música y danza de los Boras, Uitoto y Ticuna, en un momento de crecimiento turístico, grabamos en los pueblos turísticos y en las comunidades más apartadas. Para Manuel había que hacer buenos registros de la actualidad y complejidad de estas manifestaciones.

Grabaciones que además se hacían con consentimiento. Manuel tenía una gran llegada a la gente por su horizontalidad, por su respeto a los diversos

conocimientos, que junto con su gusto en comer y tomarse unas cervezas, y a la vez su ímpetu por tener las mejores tomas y recoger las explicaciones, lo hacían un experto en el campo. Cuando decidí regresar a registrar el Linderaje en Cusco en el 2007, Manuel no dudó ni por un instante en ir conmigo y apoyarme, sin importar la lluvia interminable.

De regreso del campo, Manuel entraba en una labor de sistematización y catalogación de las grabaciones, imágenes y notas recogidas, generando esos valiosos archivos de la música y danza en el Perú y en el Ecuador. Ese es su gran legado. Todo ello, además, iría a alimentar esos informes de campo, realmente libros etnográficos que Manuel escribía – y que esperamos pronto se publiquen.

Fue un experto del trabajo de campo, de la etnografía y el archivo. Hizo una labor etnográfica crucial: una antropología del campo al archivo. Nos ha dejado un gran legado en la generación de colecciones de manifestaciones inmateriales. Nos ha dejado también un gran reto en pensar el trabajo antropológico. Un reto

que pasa por la no homogeneización de las formas de hacer antropología; por la importancia no solo del artículo indexado, sino de otros formatos de producción de conocimiento; además, por la importancia de la humildad en la labor realizada. ¡Un gran reto para la antropología y la universidad de hoy!

In memoriam Manuel Ráez

por Raúl Montoya Díaz

Figura 7

De izquierda a derecha: Raúl Montoya, Alejandro Villanueva, Alejandra Hurtado, Alejandro Gonzales, Alexandra Reyes, Roxy Cárdenas, Micaela Reynoso, Ruth Chávez y Carmen Maria Reynaga; Manuel Ráez de cuclillas al centro.



Nota: Fotografía obtenida del archivo del MAV/TAV. Imagen tomada durante el curso Práctica de Campo (2019-1) en Canta.

Desde estas líneas, agradezco la invitación de la revista *Anthropía* por brindarme la oportunidad de participar en esta remembranza del ausente profesor Manuel Ráez Retamozo. La primera vez que conocí a Manuel fue durante

mi primer semestre en Antropología, precisamente en el curso *Etnografía Andina* (2017-2). En ese momento me embargaban muchos miedos, puesto que había cambiado de carrera y retomaba mis estudios en la facultad después de varios

ciclos. Sin embargo, cuando ingresé a las clases con Manuel, todos esos miedos desaparecieron. Siempre me cautivó su conocimiento enciclopédico del mundo andino, sus fiestas, rituales, historias y, sobre todo, la música. Recuerdo las increíbles anécdotas que nos contaba en clase, de sus innumerables viajes al Valle del Mantaro o de su tan querida Fiesta del Agua en San Pedro de Castas (Huarochiri, Lima).

Luego de varios ciclos, cuando me enteré que Manuel iba a dictar la Práctica de Campo 1 (2019-1), no dudé en matricularme con él. Debo confesar que este curso fue especial para mí y varios de mis compañeros y compañeras porque fue la primera vez que realizamos una salida de campo, que en compañía de Manuel, se convirtió en una experiencia memorable. Durante la parte teórica, Manuel fue un docente que se preocupó por la formación de sus estudiantes, dado que resolvía todas las dudas que teníamos a través de su gran sentido del humor, carisma y horizontalidad. Durante el campo, se preocupó por introducirnos en el quehacer etnográfico a través de su experiencia. Era sorprendente verlo en acción: el carisma que desbordaba al vincularse con los demás, su soltura en el campo para emprender contactos y su pasión al registrar la música e imágenes de las fiestas. Recuerdo que cuando llegamos a Canta (a tres horas en bus de Lima), nos propuso caminar hasta Obrajillo. Esta caminata fue especial porque Manuel nos compartió muchas de sus experiencias de sus viajes en los

pueblos del Valle del Mantaro. En sus ojos se veía ese amor profundo al mundo andino y sus ganas de permanecer eternamente en este.

También recuerdo aquella vez cuando subimos al anexo de San Miguel (en compañía de Alejandro Villanueva) y, lamentablemente, no encontramos ningún informante; la mayoría de los campesinos estaban en el campo e iban a regresar tarde a la comunidad. Después de varios intentos frustrados de conseguir entrevistas y desanimados, Manuel apareció en el centro de la plaza y nos preguntó por qué estábamos tan tristes. Al contarle los motivos, Manuel, con su característica curiosidad y chispa, buscó de casa en casa a alguien que nos brindara una entrevista. Esta experiencia me marcó porque me brindó nuevas perspectivas del reto de afrontar el campo: ser perseverante y siempre tener un buen ánimo. Manuel nos repetía que en el campo no todo termina como uno espera, siempre hay imprevistos, pero ante la adversidad hay que ser optimista y afrontar cada situación con un buen ánimo.

Manuel, muchas gracias por tu compañía en las largas caminatas en Canta, por los espacios de comensalidad, por enseñarnos a construir puentes con el otro y entre nosotros, por ser un amigo más que un profesor y por aquella primera e inolvidable experiencia de trabajo de campo. Tu paso por nuestras carreras marcó un antes y un después en nuestra formación antropológica. Siempre te recordaremos con mucho cariño.

Un recuerdo de Manuel Ráez Retamozo

por Raúl Renato Romero Cevallos

Nada le gustaba más que viajar, no importaba dónde, con tal de conocer a otras personas y aprender de ellas. La Antropología le permitió hacerlo de manera sistemática, y no dejó de hacerlo hasta que un día, a las 8:00 de la mañana, se fue para siempre en una clínica limeña. Aún nadie lo puede creer, porque alguien como Manuel, que irradiaba una energía positiva como pocos, no debería irse nunca.

Con Manuel empezamos lo que ahora es el Instituto de Etnomusicología en la PUCP, en 1985, cuando iniciamos una serie de viajes de campo al valle del Mantaro para documentar fiestas, rituales, y sonidos, germen de lo que después se convirtió en un gran archivo y centro de investigación. Manuel siempre fue el alma de la fiesta, y quien, por su prodigiosa memoria, sabía siempre dónde estaba todo, desde cuándo y por qué. Luego asumió con la misma pasión su labor docente en la especialidad de Antropología, amarrándola con los viajes, trabajo de campo que le dicen, pero para él no era tanto trabajo sino proyecto y promesa de vida. Igual, allí se hizo indispensable por su extraordinaria capacidad de entrega, con mezcla de placer y sacrificio, más una dosis de un sentido del humor único, que seguramente se lo ha llevado con él.

De Manuel se podría escribir un libro, hacer una película, producir un documental, o simplemente mirar a lo lejos y recordarlo con la misma alegría que él transmitía a todos, sin distinciones de ningún tipo. Se las arregló para escribir tres libros, dejar dos inéditos (que seguramente se publicarán pronto), y escribir muchos artículos académicos. Con igual pasión se dedicó a reunir una colección audiovisual etnográfica impresionante, quizás la más grande en el Perú, aún no lo sabemos, pero es muy probable. Grabaciones sonoras, registros fotográficos, videos y notas de campo; aún es temprano para estimar la magnitud del legado de Manuel, que debe ser incalculable, como lo es el dolor que sentimos todos al verlo partir, demasiado pronto, lo necesitábamos tanto todavía.

Agradecimientos

Queremos agradecerle a Tomás Ráez Retamozo y Jorge Mejía Zárate por su apoyo para conocer más sobre la vida de nuestro profesor.

Asimismo, también extendemos nuestro agradecimiento a la Maestría en Antropología Visual y el Taller de Antropología Visual por las fotografías enviadas.